

el perro, y el ratón y el gato...



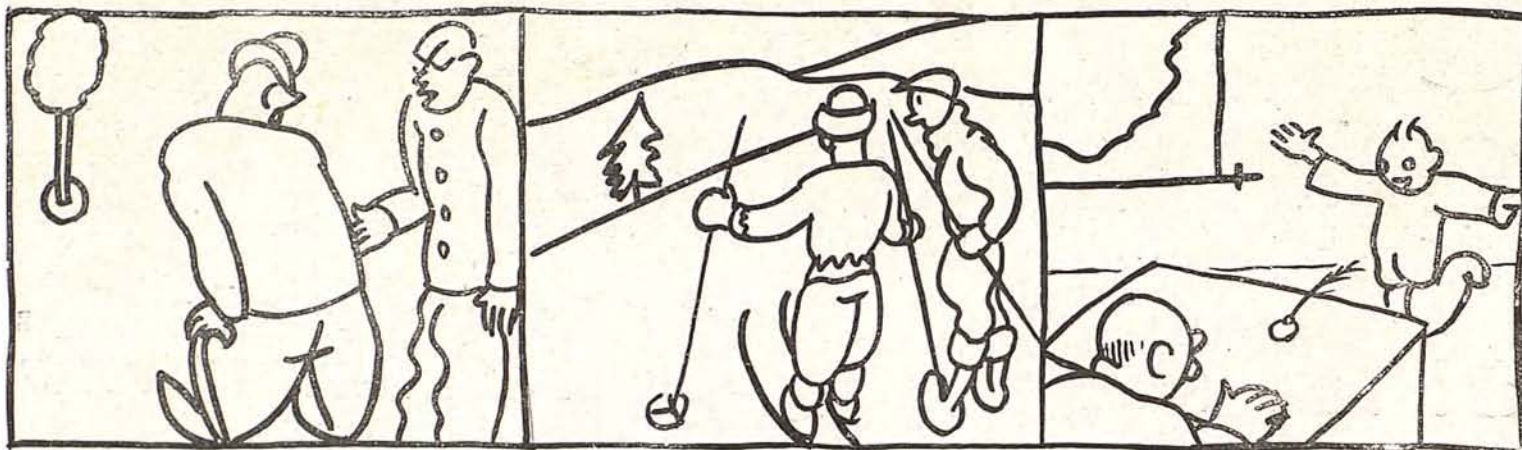
semanario
de las niñas,

3

los chicos los bi-
chos, las muñecas



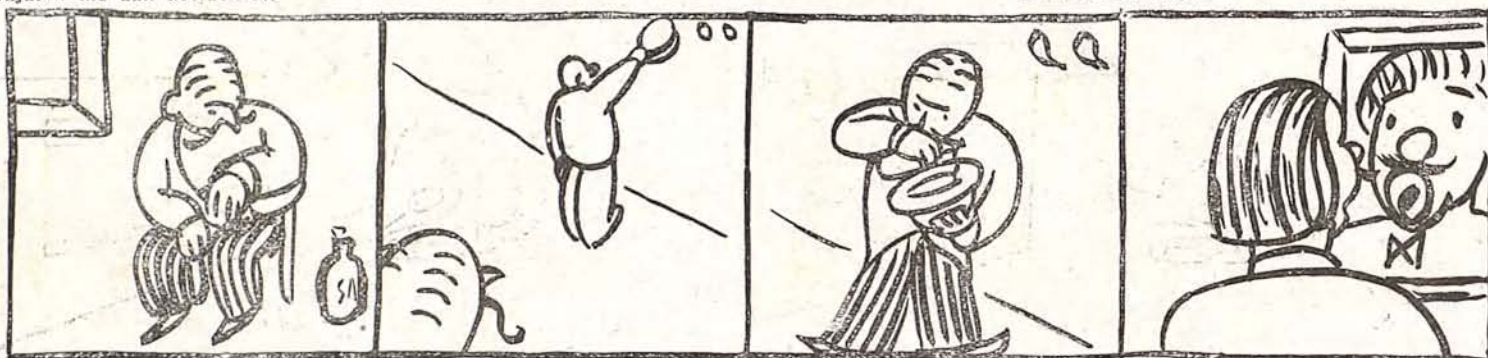
un rato de risa



—Una limosnita a este pobrecito, víctima de los accidentes del trabajo.
—¿Y cómo es eso?
—Pues nada, que cada vez que tengo que trabajar... me dan accidentes.

—¿Chico, qué bonita es la Sierra! ¿A ti no te gusta?
—No lo sé. ¿No ves que ahora está cubierta de nieve? Está tapada.

—¿Castigado sin comer!
—Ruego a usted, don Juan, que cuando sea malo castigue usted al que esté a mi lado, porque tengo tan buen corazón, que eso me hará sufrir más.



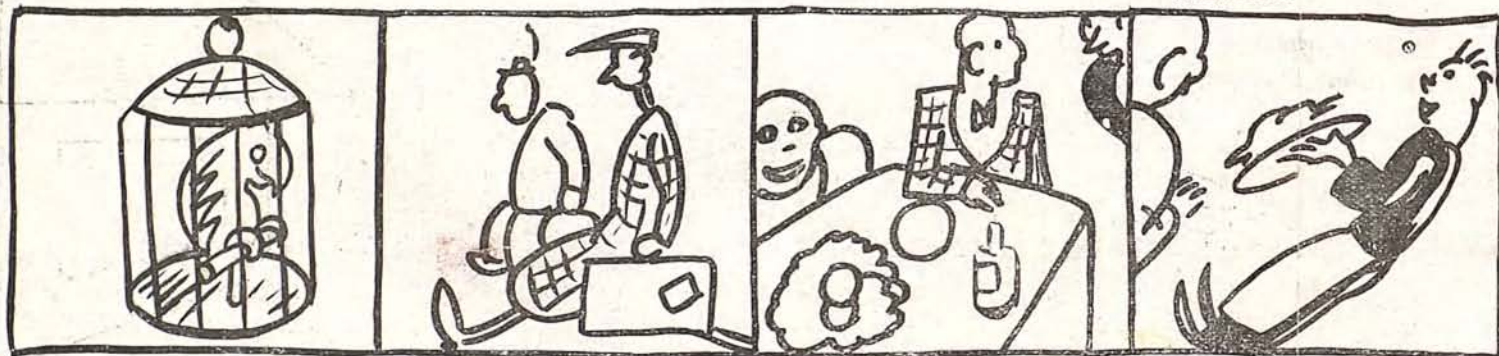
EL MARAVILLOSO "SALPELOSAL"

—Pues, señor, ¿cómo acreditaría yo mi "Salpelosal", que hace crecer el pelo a los calvos?

—Ya sé. En el Casino habrá señores calvos que dejarán el sombrero en la percha. Allí veo uno.

—Y en la badana le echo un poco de mi "Salpelosal", que hace crecer el pelo. Veremos qué pasa.

En efecto, aquel calvo se dijo ante el espejo de su casa:
—Este no soy yo. Yo debo haberme quedado en el Casino, seguramente.



LOS INGLESES CAPRICIOSOS

En la fonda de Villalobos había un loro, al que el dueño y todo el personal estimaba muchísimo.

Llegaron unos ingleses, con tipo de acaudalados, y se empeñaron en que tenían que comer loro.

El dueño hizo un sacrificio y el camarero fué á decirles:
—El loro cuesta mil pesetas.
—Pues queremos loro.

Lo mataron, lo asaron y, al servirlo, los ingleses dijeron:
—¡Oh! Nosotros no queríamos todo. Traiga un par de reales para probar.



EL GATO INSISTENTE

En el regimiento de Infantería de Villacaballeros había un gato que con sus maullidos no dejaba dormir a nadie.

Y cuando la banda estaba ensayando, los músicos desafinaban, porque el bicho no dejaba de maullar jamás.

Un día un soldado le dió muerte, y para aprovechar la piel, la secó, con objeto de arreglar un tambor roto.

Y un día de formación estrenaron el parche, y la sorpresa fué que el tambor, en vez de hacer "rataplán", maullaba como el gato.

el perro,
el ratón y
el gato...

El viejo de Siracusa me llevó a una calle próxima. Nos cruzábamos con bellas doncellas que conducían el agua en largas ánforas llevadas a la cabeza. Entonces me enseñó una mancha de sangre en la losa del suelo, y lloró. Yo me emocioné un poco, y vine corriendo a mis días presentes, trayendo a mi libro un poco de emoción de fines del siglo III antes de Jesucristo.

—Anciano, ¡yo creo que sí! ¿Y dónde lo mataron? —
 tiempo venidero? ... ¿Se le admirará? —
 mano. Era un genio. ¿Se respetará su memoria en el sas, todo el Universo y sus leyes parecían estar en su bre sabio, aunque no consiguiera de momento las cosas, todo el Universo y sus leyes parecían estar en su bre sabio, aunque no consiguiera de momento las cosas, largo, y un punto de apoyo, comprenderás que cual- quiera lo haría moverse. Y era que para aquel hombre, y un punto de apoyo, comprenderás que cual- en una pizarra el mundo, una palanca infinitamente yo?... Pero él lo sabía ver sin probarlo. Y si pintas inmensa palanca, y quién encuentra el punto de apo-

una boda; su hermana, que vivía en otro pueblo, casaba a su hijo. Dedal dijo:

—No puedo ir. Tengo que leer ante el rey.

Sentía, en efecto, el deseo de las monedas de oro y no iba por eso; pero no quería que nadie se enterara de la historia. Por esa razón dijo:

—Lleva a mi mujer y a mi hijo. Yo no puedo ir.

Pero el hermano se fué a ver al rey y le dijo:

—Dad permiso a mi hermano.

Y el rey le dijo a Dedal:

—Puede irse.

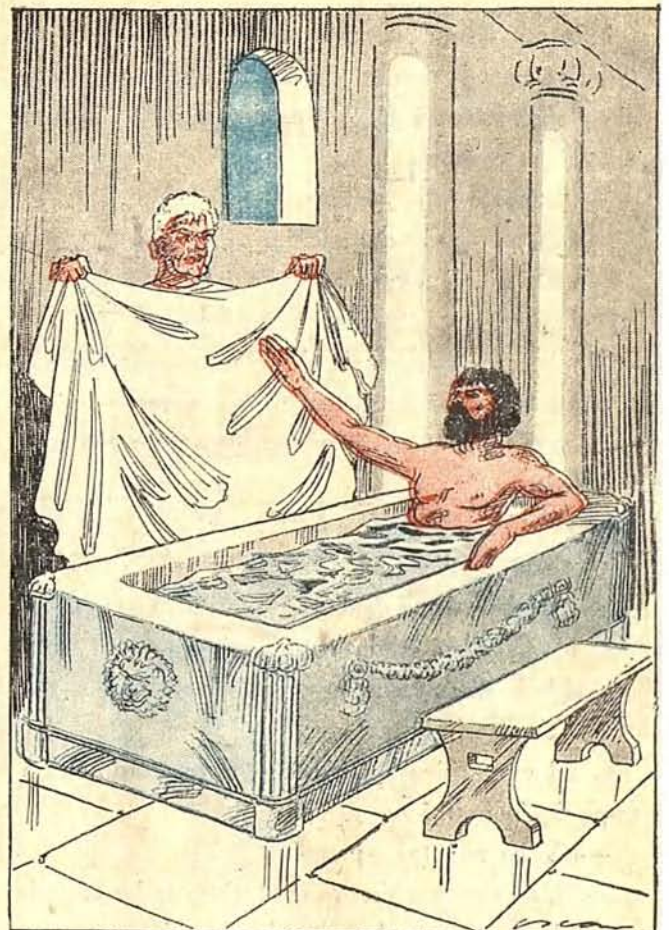
Entonces Dedal, que tenía un hijo de veinticinco años, muy instruido, se lo llevó consigo al jardín y le mandó que leyera en el lugar en que se hallaba la serpiente. La serpiente se alegró; salió y se puso a su lado. El padre le dijo a su hijo:

—No se lo cuentes a nadie. Haz una lectura diaria. La serpiente te dará siempre una moneda de oro. Pero que nadie sepa una palabra.

Así lo aleccionó, y la serpiente dió la moneda de oro. Dedal se puso en camino con su familia, y su hijo se quedó. Leía primero a la serpiente y después leía ante el rey. Pasaron así tres días. Entonces ven-

—Naturalmente. Claro que ¿quién encuentra esa —
 —¿Con una palanca, verdad? —
 levantaré el mundo"... —
 "Bah, todo es fácil. Dadme un punto de apoyo y quietud, azoramiento. Y quitándose mérito, exclamó: admirábamos todos a su alrededor; el sintió tanta cosa y descubrir tantas leyes matemáticas. Le consideré genial, fue cierto día, después de inventar —
 —Exactamente. ¡Pobre muerto! Cuando yo le ya que fuera como el cuerpo. ¿No es así, anciano? puye es igual al peso del agua que ocuparía una vasi- —
 —De modo que si el cuerpo se mete entero, el em- que desaloja. —
 abajo a arriba, igual al peso del agua, o lo que sea, en otro líquido o gas cualquiera, sufre un empuje de —
 —Que todo cuerpo que se sumerge en el agua, o daba. —
 —¿Y cómo es?—pregunté, porque no lo recor- cubrimiento. —

los discípulos y compañeros para explicarles el des- sus melenas y sus amplias barbas, buscaba a todos de baño que yo le preparaba, casi desnudo, goteando contré!" Y liándose de cualquier forma la túnica



... dijo: —¿Qué tendrá el agua, que cuando me meto en ella siento que mi cuerpo pesa menos?

—Pues estaba bañándose (yo mismo le preparé el baño al temple que le gustaba) y, al sentir ese empuje del agua, que parece que nos echa hacia arriba, me dijo: "¿Qué tendrá el agua, que cuando me meto en ella siento que mi cuerpo pesa menos?"... Pa-róse a pensar; se zambullía a veces con esfuerzo para ver cómo el agua subía de nivel, y de pronto exclamó victorioso: "¡Eureka, eureka! Lo encontré, lo en-

—No lo sé—respondí.

—¿Y si no sabes cómo se le ocurrió?—me dijo.

el que se basa gran parte de la Física—exclamé yo.

do ha oído hablar del *Principio de Arquímedes*, en

—Pues era un hombre de valer. Que todo el mun-

que valía, lo que era...

quería reconocerse. No sabía decirse a sí mismo lo

guramente no se hizo reconocer porque él mismo no

—¡Pobre maestro!—me contestó el anciano—. Se-

—¿Y cómo no se hizo reconocer?

no supo reconocerle.

había ordenado que se le respetara. Pero el soldado

fuerzas enemigas, reconociendo la sabiduría del físico,

—Y lo peor es que Marcelo, que mandaba las

—¿A un hombre tan insignie?

sol sentado en un banco de piedra, en el que había talladas unas figuras, estaba un viejo triste, que pareció despalilarse un poco al advertir mi extraña figura con cinco manos.

—¿Quién eres?—preguntó.

—Soy un viajero del mundo.

—¿De dónde vienes ahora?

—De tiempos futuros, señor anciano.

Realmente, como venía de 1930, para aquel viejo eran tiempos futuros, tiempos venideros.

Y como él me había preguntado tanto, yo también le pregunté:

—¿Y tú? ¿Quién eres tú?

—¿Yo? Nadie.

—¿Nadie? Dime quién eres—insistí.

—Nadie, digo. Lloro a un hombre que era tanto, que al lado de su recuerdo yo no soy nadie.

—¿Y a quién lloras?

—Al gran físico Arquímedes, cuyo criado fiel, y torpe discípulo, fui yo.

—¿Y ha muerto?—pregunté.

—Sí, ha muerto. Y mira si es triste: lo ha matado un soldado romano al asaltar la ciudad.

En una ciudad llamada Kanti, reinaba el rey Kanayasen. En el palacio de este rey iba y venía un sabio llamado Dedal, que le leía al rey libros de ejemplos y consejos. Primero los leía en la soledad,

LA SERPIENTE QUE REGALABA SU ORO

Muchos de esos cuentos que en las cocinas castellanas, al calor de la lumbre y en las largas veladas invernales se transmiten de abuela a nietos por los siglos y los siglos, tienen su origen, aunque ello parezca mentira, en leyendas y narraciones de la India del sur de Asia, creadas en aquellas sus épocas de gran civilización. Tienen todas ellas una similitud infantil admirable, y nos parece bien oportuno elegir tres breves cuentos, ante los cuales es curioso hacerse a la idea de que sus ingenuos asuntos están lejos de nosotros miles de leguas y miles de años.

CUENTOS INDIOS

luego ante el rey y su familia, y finalmente ante el rey, en presencia de toda la Corte reunida.

Así iban las cosas, cuando un día el sabio se puso a leer solo en el jardín, con voz y canto melódicos. En este jardín vivía una serpiente. Había en el jardín una sartén llena de monedas de oro y en ella habitaba la serpiente. Esta serpiente oyó la lectura, la voz del lector y su canto melódico. Salió afuera y se puso a escuchar la lectura. Y sintiendo el encanto de la lectura, tomó una moneda de oro en su boca y la puso delante del lector. En seguida se volvió a su vivienda.

Al otro día, el lector leyó ante la serpiente un trozo muy largo, cantándolo con su voz armoniosa, y la serpiente volvió a poner ante el sabio una moneda de oro. Desde entonces, el sabio leía en aquel sitio todos los días por la mañana. Así sucedió que la serpiente se aficionó al lector más que a los demás hombres, y al alejarse, le daba siempre su moneda de oro. Pero de esta historia nadie sabía una palabra sino sólo el lector del rey.

Así estaban las cosas, cuando vino un hermano de Dedal a convidarlo, pues en su casa se celebraba

el perro, el ratón y el gato...

Semanario infantil. — Director: Antonforroble
Príncipe de Vergara, 42 y 44-Apariado 33-Teléfono 51587

Núm. 3. — Madrid, 14 de junio de 1930

Suscripción.—España, Portugal y América: Año, 20 pesetas; semestre, 10; trimestre, 6; Francia y Alemania: 25, 13 y 7; demás países: 30, 16 y 8.

HEMEROTECA
MUNICIPAL

Este ejemplar pertenece a



MADRID

El Ratón Bombón

III. Ruidos por la escalera

Hicimos las paces los lentes y los ratones, y les dejamos que de cuando en cuando se montaran sobre nosotros. Pero los lentes parecen bicicletas y les arreglamos de forma que también montábamos en ellos. Los cristales eran las ruedas; mas como con ruedas tan chicas no se puede correr demasiado, a mí se me ocurrió atar una cuerda a un *auto* de veras que estaba parado a la puerta de una venta, y correr cogido a la cuerda en mi bicicleta, (que unas veces había sido mi *bici* y otras mi jinete), cuando el *auto* andara.

Pero cuando estaba atando el bramante, sale un gato de la venta. Yo di un brinco, me subí al automóvil, y a falta de agujero de ratonera, me metí por la boca de la bocina y me acurruqué. En esto salieron los amos, montaron... y yo quieto.

Pronto corríamos a enorme velocidad.

Fuimos a adelantar a otro automóvil, tocó la bocina «mi» chofer para que se apartara, y con el aire y el ruido salí despedido, yendo a caer sobre la maleta atada atrás, en el *auto* de delante, en la que me metí por la cerradura y en la que viajé unos kilómetros, llegando a la puerta de un hotel de viajeros. Salió inmediatamente el mozo, cogió la maleta y la subió al cuarto que iban a ocupar los dueños de «mi» automóvil.

Salí y estuve una noche debajo del armario. Era un hotel nuevo. No había ni un ratón, ni un agujero. El pasillo resultaba larguísimo, larguísimo.

Vi, en las puertas, muchos pares de zapatos que ponían allí para que se les embetunara.

Una mañana sentí pasos, me escondí en una bota de las que se sacaban al pasillo para limpiar... y resultó que era el botones, que venía por el par de botas para darlas el brillo.

Metió la mano para empezar cómodamente... y allí estaba yo. Se dió un susto terrible; salté, corrí bárbaramente pasillo adelante, y el chico detrás, y le sentí que iba diciendo:

—¡Que te cojo! ¡Que te pillo!

Entonces me paré radicalmente y le dije:

—¡A que no me coges, ea!

Apostamos unas galletas, y con la apuesta se le olvidó matarme. Hicimos carreras; vencí una vez, para que me diera galletitas, y me dejé vencer otra vez, para que no me tomara rabia.

Tenía ojillos de ratón, o yo tengo ojos de botones de hotel.

Y todas las mañanas le esperaba metido en un zapato distinto, para ver si adivinaba en qué zapato era.

Nos hicimos amigos; me daba queso... y no se molestaba nunca en subir a los pisos por el calzado; se lo bajaba yo por las escaleras, tirando de los cordones, y armando un gran estrépito que todos oían desde sus cuartos sin atreverse nadie a salir a ver qué era...

Creo que hasta se arropaban asustados en la cama, creyendo que había duendes.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

Las niñas
deben leer el próximo
número,
porque viene
Chin y Bely en
colores.

¿Vosotros habéis visto un ratón en lo alto de un pararrayos? Pues leed el próximo número y lo veréis.

mariposas de almohadón que realizan su ilusión

CUENTO, POR ANTONIORROBLES

DIBUJOS, DE ARISTO TÉLLEZ

Llamita había recibido a la profesora en su cuarto. El cuarto era precioso, con su librería, su armario de juguetes y unos cacharros con flores sobre los dos mueblecitos.

La cama de Llamita se convertía por el día en diván, con seis o siete almohadones, decorados todos ellos por la muchacha. Uno tenía una cabeza de negro; otro, una gran mariposa; otro tenía letras como si fuera un caramelo grande y envuelto; dos tenían flores; uno, unos pájaros recostados en telas de colores, y, el otro, tenía puntilla plateada y borlas grandes.

Llamita había estado estudiando la lección tumbada en el diván con tres muñecos iguales y de china a su lado, pequeños como el alto de un vaso de agua.

Eran esos los muñecos preferidos de Llamita, y se llamaban Guante, Gorrito y Calcetín.

Los tres la vieron estudiar con gran atención, y cuando vino la profesora se quedaron en el diván quietecitos escuchando la clase de idiomas, que ellos ya iban comprendiendo: las matemáticas, que les aburrían, y la de Historia Natural, que les gustaba mucho.

Hoy tocaba lección de mariposas, y la profesora explicó cómo las mariposas son primero orugas o gusanos, que después de una temporada de quietud se hacen mariposas. Y se habló también de los gusanitos que viven en las frutas, y aun de los que viven en los quesos.

Fué una lección muy distraída que Guante, Gorrito y Calcetín escucharon con mucha fijeza, como si no fueran tales muñequillos.

Después jugó Llamita con ellos, y a la hora de la cena les volvió a dejar.

Al quedarse solos los monigotes, Gorrito exclamó:

—¡Quién fuera oruga para luego ser mariposa, ¿verdad?

—A mí me gustaría mucho volar.

—Y a mí. Recuerdo que cuando estaba en la tienda todo mi afán era que me compraran para mascota de un avión.

A la hora de dormir, Llamita los acostó en tres camas juntas, se hizo su cama en el diván, acostó a las demás muñecas, puso en la mesilla un guardia de trapo que tenía para la vigilancia de noche, se acostó y apagó.

A la media hora se notaba en la respiración de la



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

chiquilla que dormía profundamente. Y entonces fué cuando *Calceín* dijo muy bajito:

—¿Dormís ya?

—Yo, no.

—Ni yo.

—¿Y en qué pensáis?

—Yo en eso de ser mariposas.

—Y yo también.

¡Qué casualidad!

—Entonces, los tres

—dijo *Gorrito*.

El guardia oyó que andaban cuchicheando y les hizo callar así:

«¡Sssssh!»

Callaron, en efecto; pero notaba cada uno que los otros dos no se dormían fácilmente. Claro que acabaron por dormirse. Por la mañana *Llamita* se fué al baño, y entonces hablaron los tres muñecos, cuidando de que nadie les oyera.

Resultó que anoche los tres habían estado pensando en ser mariposas, pero no sabían cómo conseguirlo.

—Porque ponernos alas no será bastante, yo creo. Hay que saber volar.

—Y montar en un aeroplano va a sernos difícil.

—Si nos pudiéramos convertir en gusanos... esperaríamos... y luego...

—Somos muy grandes para un queso. Claro que podíamos buscar cosas más grandes que un queso.

—Una sandía.

—Más grande.

—Un colchón.

—Nos aplastaría demasiado por las noches.

—¿Y en los almohadones?

—Tal vez...

—Sí, sí, vamos a ellos.

Decidieron descoser un poco más uno que estaba un poquitito descosido, y desaparecer por el agujero.

Fué precisamente en el cojín que tenía puntilla de plata y cuatro borlas grandes.

La niña los buscó por el cuarto, primero curiosa, luego intranquila, después llorando. ¡La habían desaparecido los muñecos que más quería; los más chiquitines!...

Ellos oyeron su llanto, y tuvieron un instante la tentación de salir de nuevo; pero decidieron esperar. La pena se la iría pasando, y, en cambio, la alegría sería luego muy grande, al verlos convertidos en mariposas.

Llamita dormía la siesta entre los almohadones, y entonces los muñecos se acercaban al oído de la dormilona, y decían cosas pegando por dentro la boca a la tela:

—*Gorrito*, *Guante* y *Calceín* te quieren mucho todavía.

—*Gorrito*, *Guante* y *Calceín* tendrán alas el día menos pensado.

—*Gorrito*, *Guante* y *Calceín* llevarán tus recados a la cigüeña de la torre.

Llamita se despertaba luego, y la era fácil creer que había soñado. Y gustaba dormir la siesta todos los días,

porque creía que todos los días soñaba.

Entre tanto los tres monigotes se fueron haciendo una envoltura con hilos de la lana del almohadón, como la envoltura en que se cierran los gusanos de seda. Y se cerraron cada uno aisladamente, y quedaron quietos, callados, medio dormidos, como en las crisálidas de las mariposas.

Fué una temporada larga. Al cabo de la

cual los tres muñecos se encontraron con que tenían alas. Pero en el almohadón no podían volar.

Esperaron; al poco tiempo, *Llamita* fué a dormir la siesta; era un día de primavera, de sol caliente, de flores nuevas y de las primeras mariposas.

Al ir a apoyar su cabeza en el almohadón sintió un extraño aleteo. Arrimó el oído y escuchó:

—Abrenos; somos tus mejores amigos...

La niña, llena de emoción, corrió por las tijeras, abrió el cojín de la puntilla de plata y las borlas grandes, y salieron volando las tres mariposas que se repararon por los cacharros de flores de la estancia.

—¡Abrenos la ventana para ver el azul del cielo!

—¡Ca! Seréis para mí.

Llamó al timbre y pidió el mariposero.

Los muñecos de alas, al oírla, se entregaron solas en los hombros y la cabeza de *Llamita*.

Llamita comprendió que aquello era una lección de bondad que la daban, y se puso muy colorada. Entonces se fué a la ventana y abrió, para que gozaran del cielo y las flores. Y desaparecieron.

Pero cuando la tarde iba a caer, llamaron con el ala en los cristales, entraron luego, y fueron a descansar en las flores de trapo de los almohadones, porque, pensaron que las rosas y los claveles de verdad debieran ser sólo para las mariposas de verdad, y no para las que tenían las alas de lana.

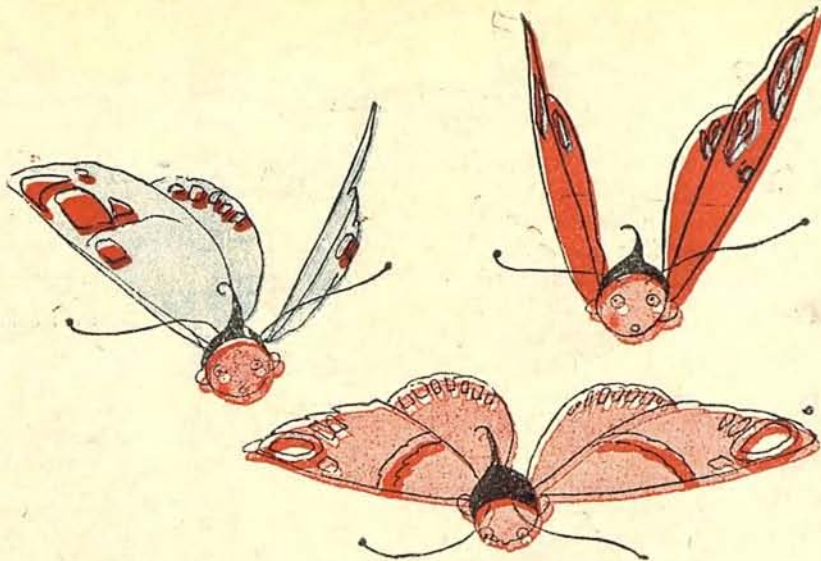
Y esa fué otra lección para *Llamita*, que pensaba meterse en un colchón como ellas en el almohadón de las borlas, y hacerse con el tiempo ángel y andar por el cielo como los querubines.

—Yo creo que hacerte angelito es mucho, nosotros no nos atrevemos a ser mariposas de verdad, y un querubín con las alas de lana... no está bien.

—Tenéis razón. Seguiré siendo niña, que es una cosa natural, y vosotros llevaréis mis recados a las flores, a los pájaros, a las estrellas y a la cigüeña.

—Eso sí se puede hacer. Una niña de verdad puede hablar con un ángel de verdad; pero un ángel de lana no puede jugar más que en esas nubes de lana, que parecen los colchones de las camas grandes.

Y fué feliz, y gracias a *Calceín*, *Guante* y *Gorrito* tenía noticias de las mariposas de verdad, y, sobre todo, de la cigüeña y de sus hijitos... Y hasta de una estrellita verde y oro que ella se sabía como los chicos se saben los nidos.





El manco don dedos.

La segunda aventura de Don Dedos fué bastante terrible y con dolorosas consecuencias. Ya sabéis cómo se hace para jugar con Don Dedos. Ponéis el puño derecho cerrado sobre la mesa, y cantáis por lo bajo: "Caracol, caracol, saca los cuernos al sol." Y en seguida salen los dos dedos que hacen de patita del personaje.

Así lo hizo también ayer el niño Nito Tombos. Y andando con los deditos por la mesa, Don Dedos se estuvo mirando en un azucarero de plata, donde le hacía gracia verse muy regordete y muy pintoresco.

Como el niño tenía que hacer unas cuentas para el profesor, trajo el tintero y la pluma después de comer; mas todavía no las hizo, porque Don Dedos tenía ganas de jugar.

Pero no había nada que le diera tanta valía a ese muñeco como unos granitos de azúcar molida que había en la mesa, que se le pegaban en los pies, o sea en las yemas de los dedos de Nito.

Sin embargo, eso del azúcar le sirvió luego para una distracción: la caza de la mosca.

Venían las moscas a la golosina, y Don Dedos se iba acercando muy despacito, muy despacito, muy despacito..., y después, echaba un trote ligero a ver si las pisaba.

No las pillaba nunca y ellas saltaban volando de lado a lado..., y allá iba Don Dedos, cada vez más lleno de coraje, porque no conseguía su deseo... Y nada... Y otra vez, y tampoco...

Iba ciego de rabia. De nada le servía ir sigiloso, y luego correr mucho con sus piernecitas de dedo. Las moscas se le iban burlonas.

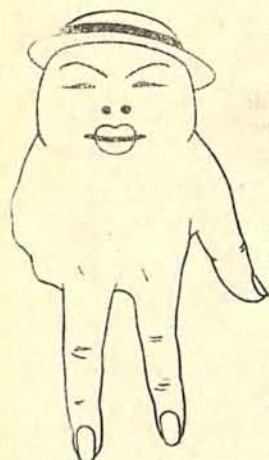
Y he aquí que una vez, en la carrera, ¡zás! metió la patita en el tintero por ir mirando a una mosca que parecía burlarse de él. Y salió, y siguió corriendo sobre unos papeles que el padre de Nito tenía que llevar a la oficina.

Inmediatamente fueron Nito a lavarse los dedos y Don Dedos a lavarse los pies, para que nadie notara que habían sido ellos los que lo habían manchado. Pero vino el padre, lo vió, preguntó que quién había sido, y como nadie lo confesara, tomó la huella dactilar a todos sus hijos.

Ya sabéis que esas rayitas de la piel que tenemos en las yemas de los dedos, en cada persona del mundo son distintas. Por eso el padre de Nito pudo saber que había sido Nito el de las manchas, y dijo:

—Como fué con esta mano, la voy a castigar. Y dió tres fuertes cachetes en la palma, que para Don Dedos fueron tres fuertísimos azotes sonoros.

Nito se quedó con dos lágrimas en los ojos, y Don Dedos se refugió para calmarse el dolor debajo del brazo izquierdo del niño.—JUAN CACHETE.



La caza de la mosca y la huella dactilar.



El pollo guinda.

Querido Pepín: Me alegraré que estés bien. Recibí tu carta y con ella fui a tu casa para que me dejaran buscar en los bolsillos de tu chaqueta, a ver si estaba la goma del balón de fútbol. En efecto, estaba en la cartera, como si fuera una cédula personal. ¡Vaya unos sitios en que guardas los balones! Y a lo mejor, lo mismo le hubieras metido en la cartera estando inflado, porque tú eres así. Mañana te lo mando.

Ya veo con eso que te estás preparando en Villaquejitos de Bola tu equipo. A ver si consigues buenos campos gimnásticos y futbolísticos, y a ver si terminas por hacer, con el tiempo, un *hotel de sport*, como los que hay ya en muchos sitios, en los cuales solamente son huéspedes los grandes deportivos en las épocas de entrenamiento, y que están haciendo el régimen que les marcan sus entrenadores.

Mira que es curioso, y ya ves si la gente se sacrifica por el *sport*.

El chalet del "Deportivo Español", de Barcelona, cuesta cinco pesetas al huésped. Y cinco que le paga la sociedad, son diez. Y a cada uno se le ponen los alimentos y las horas de comer que ordene el horario del entrenador, que es el encargado de que el deportista se haga, a ser posible, lo mejor de lo mejor.

El hotel está al lado del campo gimnástico. Bien temprano se les ve haciendo ejercicio, cada uno por su cuenta. Creo que hace muy raro; hace el efecto de locos, con sus movimientos que parecen inútiles y que son útiles. Los baños están constantemente preparados. Los recreos, lo que ellos llaman descansos, son el ponerse a jugar a la pelota o al *tennis*. Luego van un ratito a la ciudad, y se vuelven pronto y se acuestan pronto.

Y es que el entrenador, como el *manager* de los boxeadores, resulta un hombre exigentísimo, que se desvela porque su deportista alcance el puesto primero. Pero de esto ya hablaremos en otra carta.

Lo que creo que está aumentando de un modo enorme es la cantidad de sociedades femeninas deportivas, y la cantidad de muchachas que hacen deporte.

Antes, sólo se dedicaban a sus costuras y sus labores y un poco de piano. Pero ahora hacen gimnasia, nadan, patinan y, además, se dedican a sus labores como antes. Algunos creen que las muchachas fuertes iban a ser más feas, y ahora resulta que no. Hasta se ponen más guapas algunas.

Lo que desde luego pasa es que tienen más salud y más alegría. Y como la alegría y la salud hacen buenas a las personas, son más buenas.

Hay ya en Madrid muchos gimnasios sólo para chicas. Y en Alemania creo que casi todas hacen gran cantidad de varios ejercicios diariamente. De este modo, de padres y madres fuertes saldrán hijos fuertes, pues los hijos se parecen a sus antecesores, y así mejora la raza.

De cine no sé qué decirte, si no es que creo que ahora se está procurando que se hagan muchas películas habladas en español. Todas las naciones quieren hacer cine hablado en su idioma, porque hay ya tal cantidad de cintas en inglés que creen que esto puede influir en los demás pueblos.

Los españoles debemos ser siempre españoles, y aunque conozcamos el inglés y las costumbres americanas, no debemos dejarnos influir por nada.

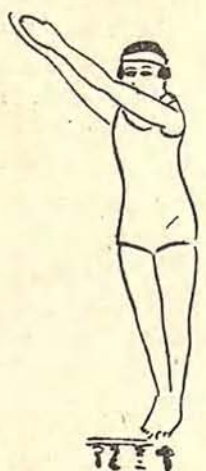
Ya se ha dicho por ahí que el pueblo que produzca las mejores películas, como son tan vistas y admiradas en seguida por todo el mundo, podrá influir y dominar poco a poco sobre las gentes de todo el globo terráqueo.

Confíemos en España, Pepín, que es una nación que ahora está en auge, ya lo verás.

Un abrazo de



Los "hoteles" de "sport", las muchachas deportivas y el "cine" dominante.



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

El Pollo Guinda.

la persona, el animal, y el mueble.

LOS DIBUJOS INFANTILES.—Bases que habéis de leer con atención antes del envío:

1.º Cada uno de los dibujos vendrá acompañado del CUPON.—2.º Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTIMETROS cada uno.—3.º Estarán dibujados con tinta NEGRA.—4.º Tendrá una PERSONA (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrúmano, si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.º se acompañará muy CLARO el nombre.—6.º Pondréis la siguiente dirección: EL PERRO, EL RATON Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid.”

Cada cuatro números REGALAREMOS un juguete al dibujo más gracioso y personal de los cuatro, y unos libros al mejor de todos.

En el NUMERO CUATRO se publicarán los dos primeros resultados.



25. Esteban Llasera.
Burgos.



26. Antonio Cubo.
Madrid.



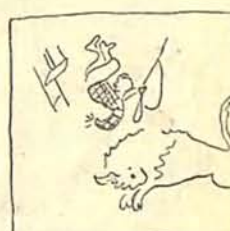
27. Isabel Amado.
Cartagena.



28. Antonia Ros.
Sevilla.



29. Luisa Ruiz.
Don Benito.



30. Ernesto Lamadrid.
Gerona.

25. ¡Estupendo! Al león del Congreso le ha puesto Esteban un botijo en vez de la bola.—26. Adivinanza: ¿dónde está el mueble? Es la silla de tijera.—27. En este casi glorioso dibujo de una niña, me entusiasma la bella mariposa.—28. Me entusiasma el dibujo de Antoñita. El chocolate está diciendome.—29. Luisa tiene amor por los niños. ¡Bendita seas! ¿A que eres muy guapa?—30. Conozco el dibujo, menos la silla. Y escucha: ¿es que iba a cazar sentado?

**Por
dos
rea-
les**

EL CUMPLEAÑOS DEL ALCALDE DE VILLACABALLOS



**Las mejores
firmas con
sus mejores
textos**

**Las familias
deben leer
el
libro
del
pueblo**

**Dos tomos
cada mes.**

—Mañana cumpla sesenta años. ¿Qué quieres que te compre?
—Un “pin-pon” para jugar al “tennis” sobre las mesas.
—¿Y qué más?
—Esos tres tomos con “26 CUENTOS INFANTILES EN ORDEN ALFABÉTICO”, que ha escrito Antoniorrobes y tienen dibujos de “Tono”.
—¿Y a tu hermano?
—Cómprale un farol bueno para la bicicleta y la “ANTOLOGIA DE POETAS Y PROSISTAS ESPAÑOLES” escrita para niños por Montero Alonso.

**Los niños deben
suscribirse a las
BIBLIOTECAS
POPULARES
CERVANTES**

**Publican las
100
mejores obras espa-
ñolas y las
100
mejores del mundo.**

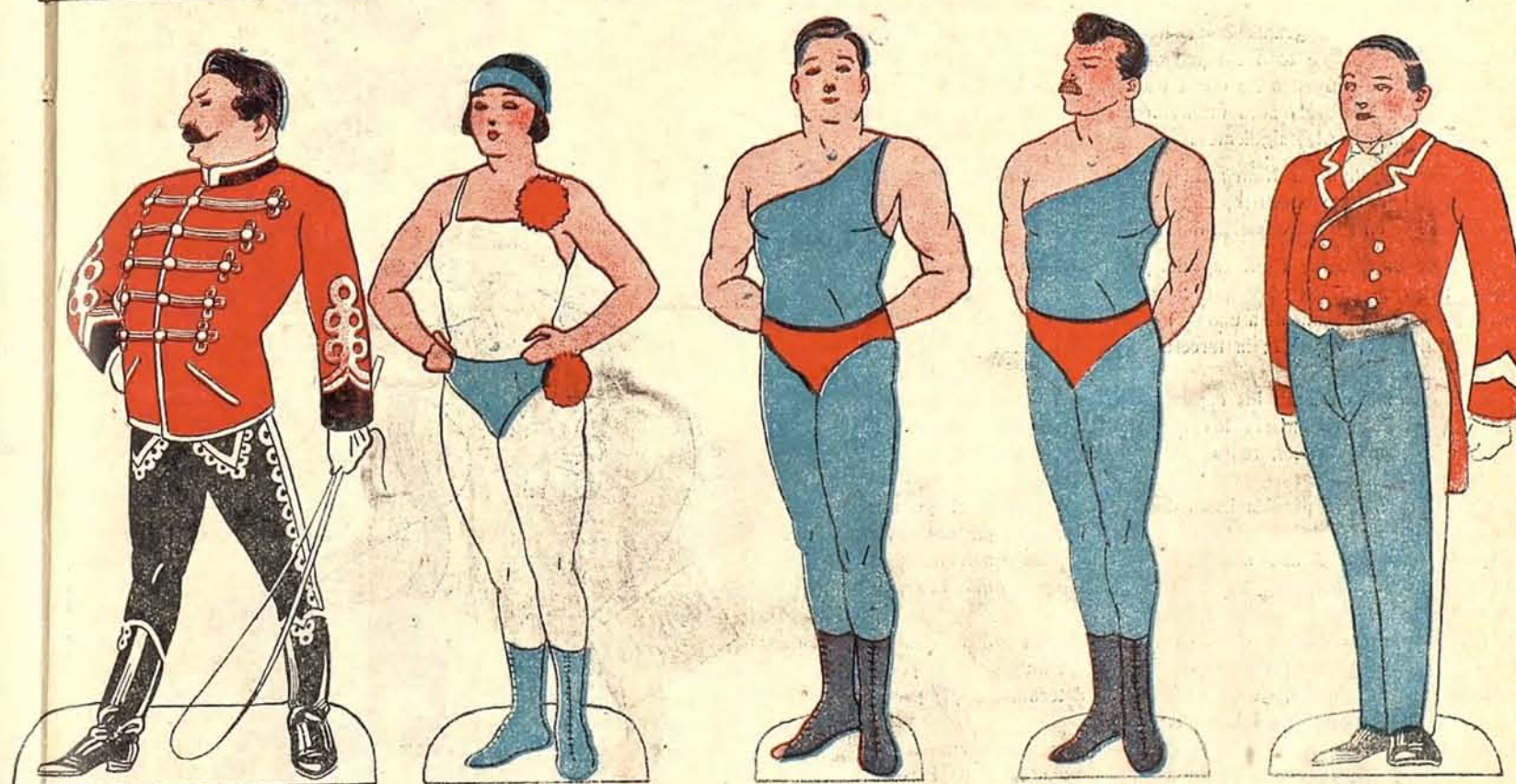
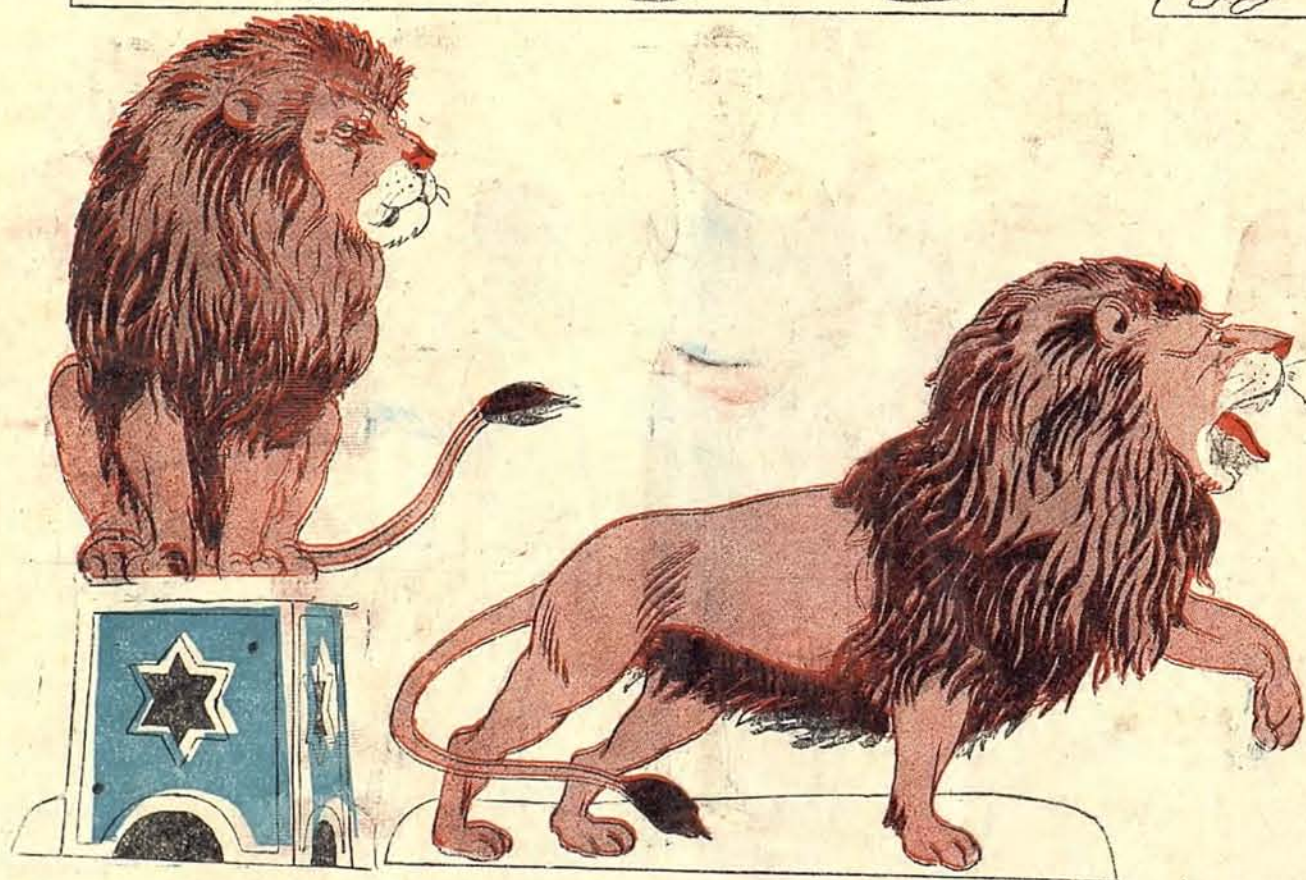
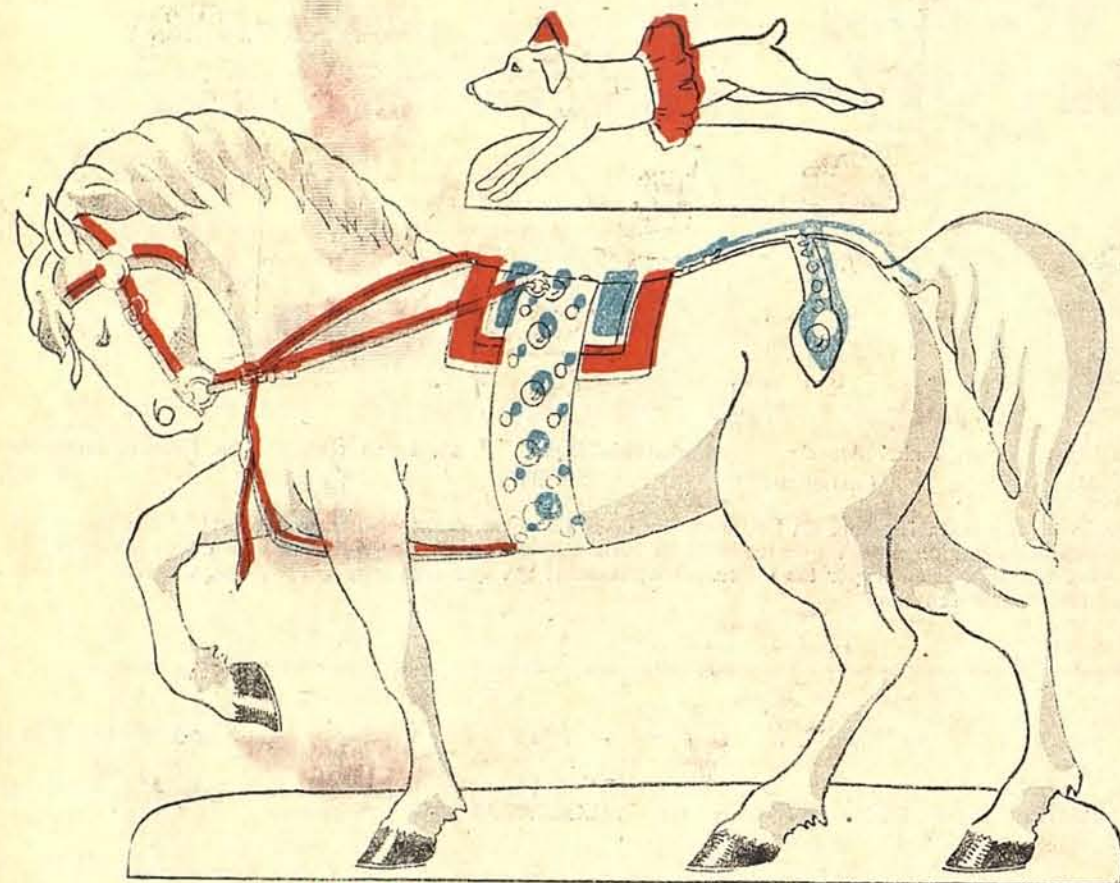
**¡ATENCIÓN!
Por 5 pesetas
mensuales se
reciben 4 tomos
de 2,50 pesetas.**

**LIBRERÍA FE
(Puerta del Sol, 15
Madrid**

**el perro,
el ratón y
el gato...**

Ayuntamiento de Madrid

Todo el pueblo de Villacaballos de cartón



EL GATO ADIVINO

Cupón C para el envío de las soluciones correspondientes a los números 1, 2, 3 y 4.

LA FRASE DE DON QUIJOTE

La frase que se publica en el número 3 pertenece al capítulo
(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 o 42 de esta serie.)

TERCER PLIEGO.—29. "Ploughman, labrador"; se llama así porque en su juventud fué de un labrador. Ahora sabe arrodillarse y decir que "sí" y que "no".—30. El perro "Ligero", que se salta más escalones que los chicos.—31. El mono "Don Gabán", que sabe él solo ir a comprar patatas a la inglesa.—32. "Bartolillo", el perro leal, que no pone las manos en el suelo ni para agacharse.—33. "Miss Estrella", gran caballista que a veces convida a merendar en su mesa al caballo blanco.—34. El "clown" Tony, que con el acordeón parece que llora, y es una risa.—35. El tonto "Gabinof", que se cae al suelo tieso como un paraguas, y tiene un paraguas flojo como un trapo.—36. El tontolín "Trespelos", que dice que con "Tony" y "Gabinof" son el perro, el ratón y el gato.—37. Eleuterio, criado que quería ser gimnasta, y salta menos que un tanque.—38. El león "Chatillo", más bueno que un gorrión, que quita las manchas con la lengua al sombrero del domador.—39. El "Terror", que un día que estaban baratos los domadores, se comió kilo y medio de ellos.—40. Kraitschek, valiente domador de leones, que no lee este periódico porque le ponen nervioso los ratones.—41, 42 y 43. Los hermanos "Phoiffer": Azucena, Armando y Teodosio, que se pasan de un trapecio a otro, a diez metros, sin aeroplano; ella lleva melena, porque antes tenía moño y se lo dislocó en una caída.—44. Paulino, especialista en extender alfombras al segundo.—En el próximo número publicaremos colegialitos uniformados y Guardia civil. Ya veréis.

(Dibujos de Oscar.)

CUPON para enviar un di-

bujo

No se remita sin saber bien las condiciones del concurso.

CUPON GEOGRAFICO

En la provincia de
..... lo mejor
es
.....

el perro,
el ratón y
el gato...

el perro,
el ratón y
el gato...



"EL PRINCIPE PP."

"El Príncipe Pp", es el príncipe José, que se firma de ese modo caprichoso. Las memorias del príncipe Pepe se van a publicar en este semanario. Es un príncipe de hoy, valiente, juvenil y aventurero, que dejando su ciudad va a echarse a pelear con las fieras, con el mar bravío, con las amenazas de los aviones, en busca de una flor medicinal, según se verá en el próximo número.

EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO..., con ese olfato que les caracteriza, han encontrado que pueden ser interesantes estas aventuras para la gente joven.

Son aventuras sentimentales, amargas y emocionantes. Todo sea por encontrar esa planta medicinal, que le ha de servir para...

¡Ea, no lo decimos! Ya lo sabréis al número que viene. Por ahora sólo os diremos que el perro, el ratón y el gato comen en el mismo plato.

CONCURSO DE POSTIN

La frase de Don Quijote

Una bicicleta, y en la "bici" una muñeca, y en la muñeca un bolsillo, y en el bolso MIL pesetas

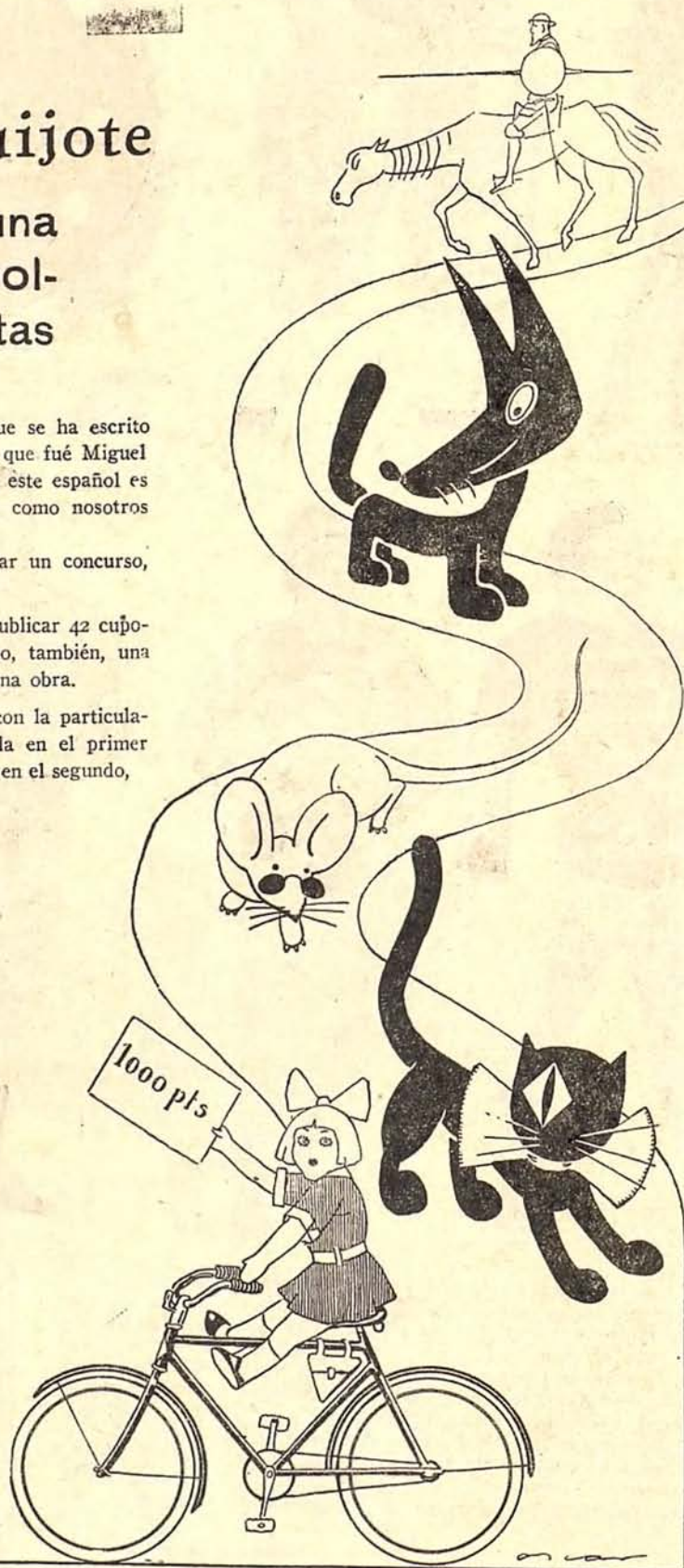
Don Quijote de la Mancha es, seguramente, el libro más admirable que se ha escrito en el mundo. La figura de Don Quijote, creada por aquel genio de la ironía que fué Miguel de Cervantes, es la más grande creación literaria. Leer y releer la obra de éste español es una noble obligación de todo compatriota, y aun de todo extranjero, así como nosotros debemos leer con entusiasmo las obras maestras de la literatura mundial.

De paso que leemos la obra maravillosa de Cervantes, vamos a celebrar un concurso, cuyas bases van a ser las siguientes:

1. a *Don Quijote de la Mancha* tiene 126 capítulos. Nosotros vamos a publicar 42 cupones para este concurso, uno en cada número. Y en cada número, también, una frase de las que en su conversación dice la figura de Don Quijote en la magna obra.
2. a Debe averiguarse a qué capítulo pertenece cada una de las frases, con la particularidad de que la cosa será muy sencilla, porque la frase publicada en el primer número pertenecerá solamente a uno de los capítulos I, II, y III; la publicada en el segundo, a los capítulos IV, V y VI; la tercera, a los VII, VIII y IX, y así sucesivamente.
3. a No se nos enviarán los cupones uno por uno, ni los daremos por recibidos cuando los recibamos antes de publicarse el cupón número 42. Entonces, todos juntos, es cuando deberán llegar a nuestras manos.
4. a Perdonamos la pérdida hasta de dos cupones; pero el que nos envíe menos de cuarenta no será admitido. El que nos envíe cuarenta o cuarenta y uno mandará unos papelitos sustituyendo a los que falten. Si nos lo pidieran varios lectores, repetiremos la publicación sólo de los tres primeros cupones.
5. a El premio se dará al que adivine las cuarenta y dos veces los capítulos a que pertenece cada frase, cosa muy sencilla, puesto que, como hemos dicho, en cada número se determinará que pertenece a uno de tres capítulos solamente.
6. a Si más de un concursante acertara exactamente las cuarenta y dos veces, se rifará el premio entre cuantos sean. Pero si ninguno lo hubiera acertado, el premio no recaerá en nadie, porque nos daría vergüenza confesar que no se había leído con un poco de atención *Don Quijote de la Mancha*.
7. a El premio, que daremos con todas las garantías de honradez, consistirá en una **soberbia bicicleta**, y sobre ella una **saladísima muñeca de trapo** que lleva en la mano un **bolsito** y en el bolsito **MIL pesetas**, todo lo cual ha estado ya expuesto en los escaparates de Casa Medel y Librería Renacimiento, de Madrid.

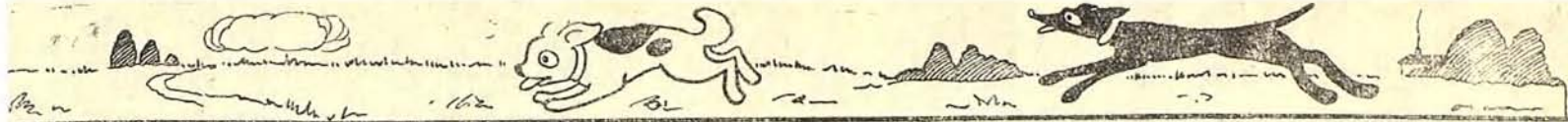
¡Animo! En la página de *El Gato Adivino* encontraréis la frase del primer número.

Es vuestro amigo.—EL GATO ADIVINO.



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



BEL, Gas y Bal jugaban al peón. Las cuerdas, las *calzaderas*, estaban cortadas de la cuerda que había atado un paquete con que le habían mandado al padre de Bal una gran jaula para el loro que tenía en su casa.

Jugaron como una media hora, lanzando fuera del ruedo hecho en la arena unas rodajas de madera que parecían rodajas de salchichón. Gas lo dominaba mejor que nadie. Cogía el peón en la palma de la mano y luego lo lanzaba a la arena con tal tino, que con un baile de peón echaba fuera seis o siete rodajas.

—Ya es la hora de ir a casa de Don Sí—dijo Bel.

—Pues vayamos. Lo malo es que los peones abultan en los bolsillos una barbaridad.

—No importa—respondió Bal—. El profesor no se incomoda porque juguemos en las horas que no son de clase.

Les recibió el profesor Sí, que en aquel momento estaba curioseando en una esfera más grande que una cabeza de cabezudo.

—¿Qué hay, jóvenes amigos?

—Aquí estamos otra vez, Don Sí.

—¿Y qué me viene a preguntar don Bel?

—Que si el uso de las muñecas para las niñas es muy antiguo.

—Sí. Las muñecas se han usado en todo tiempo. Hasta en algunas catacumbas de la antigua Roma, de antes de J. C., han sido halladas. En los pueblos aun no civilizados del Sur de Africa, los salvajes hacen para sus hijos muñecas con hojas, como de papel, con las que los pequeños se entretienen sin salir de las cabañas. Sobre todo las niñas, que las mecen y se las atan a la espalda, como hacen con ellas mismas sus madres. Hay señores curiosos, coleccionistas de muñecas de otras épocas, que ofrecen documentos para saber cómo se vestía en esas épocas. Y lo notable es que en el Japón se celebra todos los años la *fiesta de la muñeca*, y durante tres días comen los niños en presencia de muñecas variadísimas que guarda la familia, y que vienen de abuelas y madres a nietas e hijas.

—¿Qué curioso!

—Ahora le voy a preguntar a usted—dice Gas—qué es eso del *pez pescador*.

—¿Tú no sabes que hay pescadores pescados?

—No lo sé.

—Sí, hombre—contestó en broma el profesor—. Yo llamo pescadores pescados a aquellos a quienes pilla un guarda pescando en un río que tiene veda de pesca. Pues bien; igualmente hay *peces pescadores*. Y se llama así a cierto pez que se entierra en el fango del fondo y agita un larguirucho tentáculo que lleva sobre la cabeza, como una caña tiesa, y eso llama la atención de los otros peces, y vienen confiados a ver qué es. Entonces sale el *pez pescador* y se los come. Pero realmente tiene tanta paciencia como un pescador de esos de río, que se están dos horas quietos, quietos, quietos...

—¿Le pregunto yo ahora?—dijo Bal.

—Sí; venga.

—¿Qué es un *ariete*?

—Verás, verás... La pasión de la guerra, el odio de la guerra, es viejo como el mundo. Antes se tiraban piedras, y hoy hay submarinos y aeroplanos y gases asfixiantes. Cada vez es más cruel... Pues bien, uno de los procedimientos empleados en las batallas hace más de veinte siglos era el *ariete*, viga de veinte y hasta de cuarenta metros, por lo general terminada con una figura que representaba una cabeza de carnero, con la que se pretendía, y a veces se conseguía, abrir brechas en los muros de los castillos. El esfuerzo empleado solía ser el impulso de veinte o treinta hombres, que daban cada golpe a una voz de mando. Claro que solían cubrirse con escudos de hierro para defender sus cabezas de las piedras que tiraban los del castillo.

—Gracias, profesor.

—De nada, queridos alumnos.

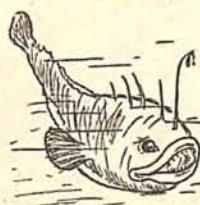
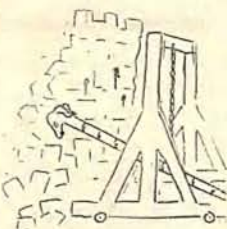
Cincomanos.

El profesor Sí.



Las eternas muñecas.

El perro que sabe pescar. El ariete destructor.



FIEL a mi deseo de recorrer las capitales españolas, monto en mi avión para ir a la gran Barcelona.

En el camino tuve que preguntar a una paloma, que me dijo:

—Pero usted es tonto. ¿No ve que soy de yeso?

En efecto: era una de esas palomas que colocan en lo alto del palomar.

Luego pregunté a una estrella, y me contestó:

—Sígame. Yo voy también a Barcelona a ser unos días estrellita del Pueblo Español.

—¿Y qué es eso?—la pregunté.

—El Pueblo Español es un precioso pueblito que han hecho en la Exposición de la capital catalana, donde hay casitas, calles y plazas muy parecidas a las de Galicia, Extremadura, Castilla, Andalucía, etc., etc. Si vas a Barcelona no dejes de ver la Exposición. Barcelona, como es un pueblo tan inquieto y tan trabajador, hizo una magnífica Exposición en 1888; pero la de ahora supera a toda idea. Tiene, sobre todo, las fuentes preciosísimas, que cambian de forma y de color; el Pueblo Español y el Museo de Arte español antiguo, con unos tapices y mil cosas que indican lo gloriosa que es la Historia española.

Seguí a la estrella y, por fin, llegué a Barcelona. Y allí hablé con un chiquillo que tenía cara de inteligente.

—Háblame de tu tierra—le dije.

—Barcelona es una ciudad muy industrial. Sus afueras están llenas de fábricas. Pero tiene una ventaja sobre las grandes ciudades fabriles del mundo; y es que su industria es conocidísima. No le pasa lo que a casi todas, que se especializan en algo. Barcelona tiene muchísimas fabricaciones y muy variadas: tejidos, comestibles, maquinaria, etc.

—Además, el puerto...

—El puerto es uno de los dos o tres más importantes de todo el Mediterráneo. Entran y salen infinitos barcos. El clima es maravilloso, templado y suave. Tiene paseos, bulevares soberbios, como la Rambla de las Flores, que se llena de ellas. Como los catalanes saben que valen, cuando se les ha querido sujetar han protestado, y hasta alguno que otro era partidario de separarse de España. Pero cuando España les ayuda o anima en sus empresas, ellos aman fervorosamente a España, como aquellos voluntarios catalanes tan valientes de 1860, que formaron un regimiento para pelear en Africa por su patria grande.

—Tus paisanos ilustres...

—Ramón Lull, Roger el Almirante, Jaime II, Margall, Marquina, Rusiñol... ¡Muchos!

—¿Qué haré para recordar la forma de la provincia y los principales pueblos?

—Lo primero, con un hombre de cuello subido, pendientes y fumando. Lo segundo, sabiendo que *haré un gran bergel igual a la gran pantera que vi y que sabe matar Félix Man*. O sea: *Aré, Ber, Gel, Igual, Gran, Pan, Tarra, Vi, Saba, Matar, Feli, Man*. Total: Arenys de Mar, Berga, Villanueva y Geltrú, Igualada, Granollers, Villafranca del Panadés, Tarrasa, Vich, Sabadell, Mataró, San Feliú de Llobregat y Manresa.

—Gracias, barcelonés amigo.

BOTÓN DEL AIRE

—Oye, Mariano: Como os confundo a tu hermano y a ti, no sé ahora cuál de los dos ha sido el que se ha casado.

—Pues mire usted: a mí me pasa igual, así es que no puedo contestarle.

—Pero, hombre, pon ese sobre más claro. Hay palabras que no las entiendo nada absolutamente.

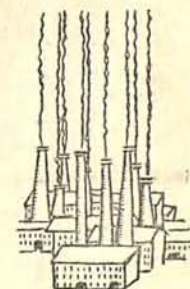
—¿Cuáles?

—Estas que dicen: "Calle del Seminario" y esta otra que dice: "Valladolid", y estas que ponen el nombre.

El gran viajero.



Barcelona, la bella, es la gran ciudad de las industrias varias.

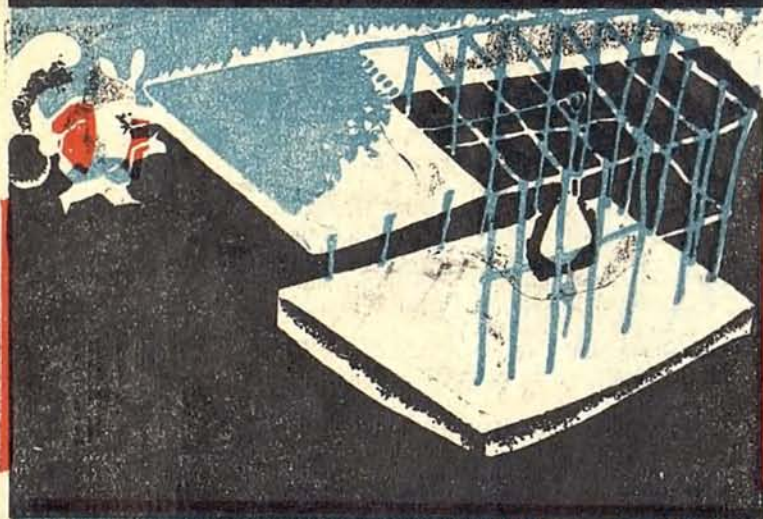


Chistes de Pepín.

el perro,
el ratón y
el gato.

Ayuntamiento de Madrid

el ratón prudente

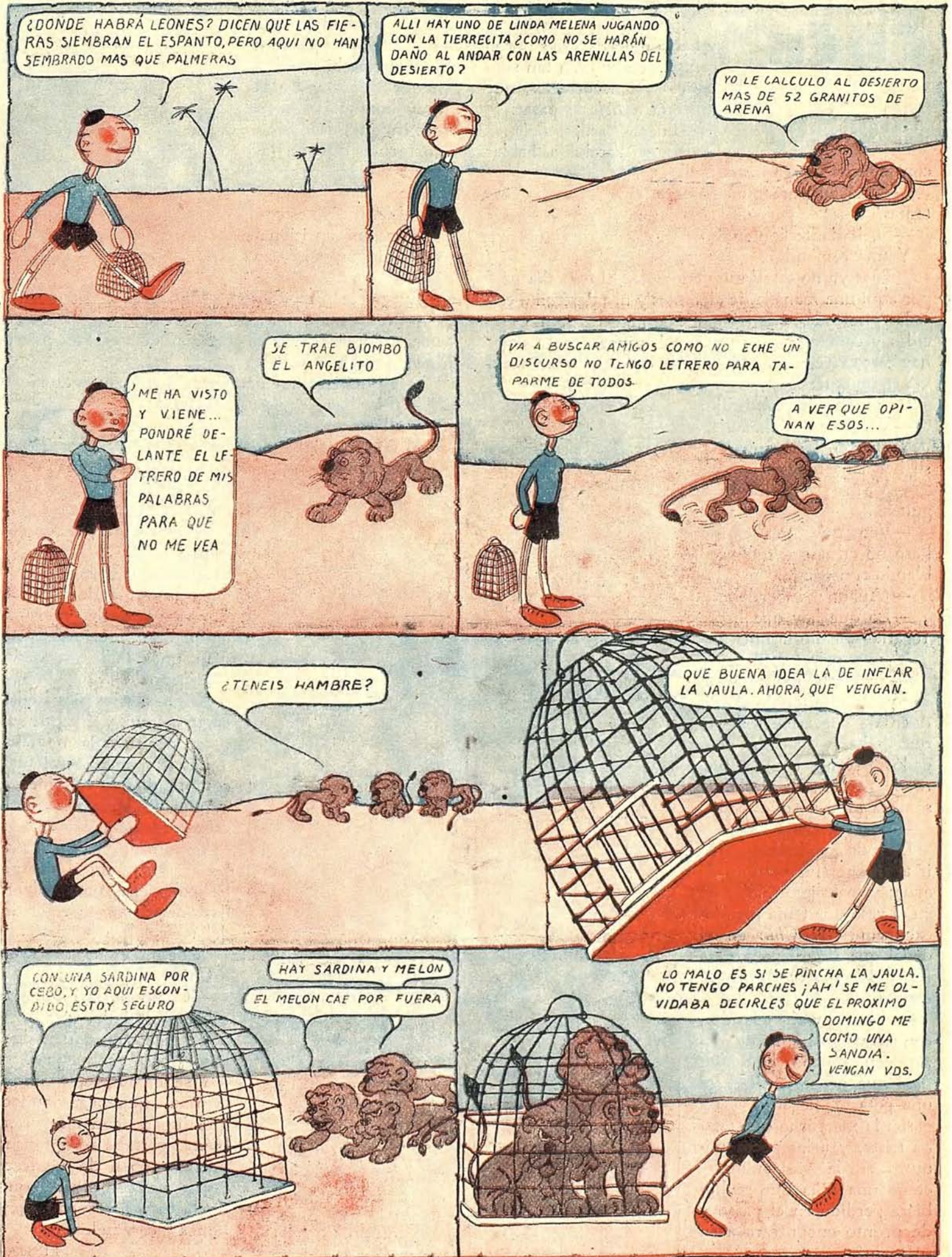


el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



EL NIÑO CARLOTO PERRA VA A DAR LA VUELTA A LA TIERRA



ROBLET-OSCAR

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

los domín gos de Chin y Bely

Volvieron *Chin* y *Bely* (la muñeca y la niña) a salir de paseo al bosque espeso y bello.

Hacía un sol maravilloso, y había muchas flores por el campo. Todas eran tan simpáticas y tan correctas, que le decía a *Bely* al pasar:

—Buenas tardes, *Bely*.

Bely se paraba a hablar

con algunas margaritas sencillas.

—¿Qué tal por aquí?—preguntaba—. ¿Estáis contentas?

—Sí, bastante contentas.

Y una respondió:

—Pues yo no estoy muy contenta. El otro día pasó por aquí una manada de elefantes y nos dejaron a casi todas pisoteadas. Menos mal que nosotras somos sencillas y campestres, y nos fortalecemos pronto. Pero hay cerca vive en una planta una hermana mía y todavía sigue enferma.

La muñequita *Chin* dijo:

—Vamos a verla...

Y fueron, la acariciaron y hasta lijo la muñeca a su hermana mayor:

—Vamos a echarla miguitas...

—Veo que eres cariñosa. Pero no creas que estamos hablando con pájaros,

—¡Ay, no me acordaba!...

—Lo que hay que hacer es regarla—añadió la niña.

Y una palmera, dijo:

—Pues está menos seca, porque yo he tenido el cuidado de curvarme todo lo que podía, y hasta he alargado el tronco como si fuera de goma, para darla mi sombra todo lo que podía.

—Gracias, doña Palmera.

De todos modos había que ir al río por un poquito de agua; y lo trajeron, *Bely* en el vaso que tenía para las excursiones, y *Chin* en el dedal que *Bely* llevaba para hacer labor sentada en el campo.

Había que verlas a las dos, con sus vasitos, viniendo del río con mucho cuidadito para que no se perdiera ni una gota. Y llegaron, y regaron la margarita que estaba triste, y a los pocos minutos se la vió animarse como una niña que se hubiera perdido en el paseo y de pronto encontrara a su su mamá.

Otra margarita dijo:

—Toda la semana, habíamos de vosotras con mucho cariño, y todas tenemos deseo de verte hacer labor de punto sentada entre nosotras; porque también sabes hacer flores y hojas muy bonitas. No tengas inconveniente en cortarnos porque las flores vivimos poco de todos modos.

—No, no; no os cortaremos, ni aprisionaremos ningún pájaro en jaulas.

Luego se despidieron, y dijo *Bely*:

—Nos vamos, porque mi hermanita *Chin* quiere que hagamos algún deporte. ¿Qué deporte quieres hoy, querida *Chin*?

—Yo quisiera que patináramos en esquíes de nieve.

—¿No hay esquíes de tierra?

—Claro que no.

Y una margarita dijo:

—Sí, sí los hay de tierra. Yo llamaré con mis raíces a dos serpientes que viven debajo de mí. Son muy amables, y os servirán de esquíes de tierra.

Efectivamente, las despertó con la punta de una raíz que entraba en la cueva, y salieron. Eran preciosas, y tenían unos ojillos redondos y risueños.

Bely se ató los pies a ellas, cogió a *Chin*, y se dieron un paseo por toda la montaña.

Las simpáticas serpientes, comprendiendo su papel de esquíes, llevaban siempre la cabeza un poquito alta.

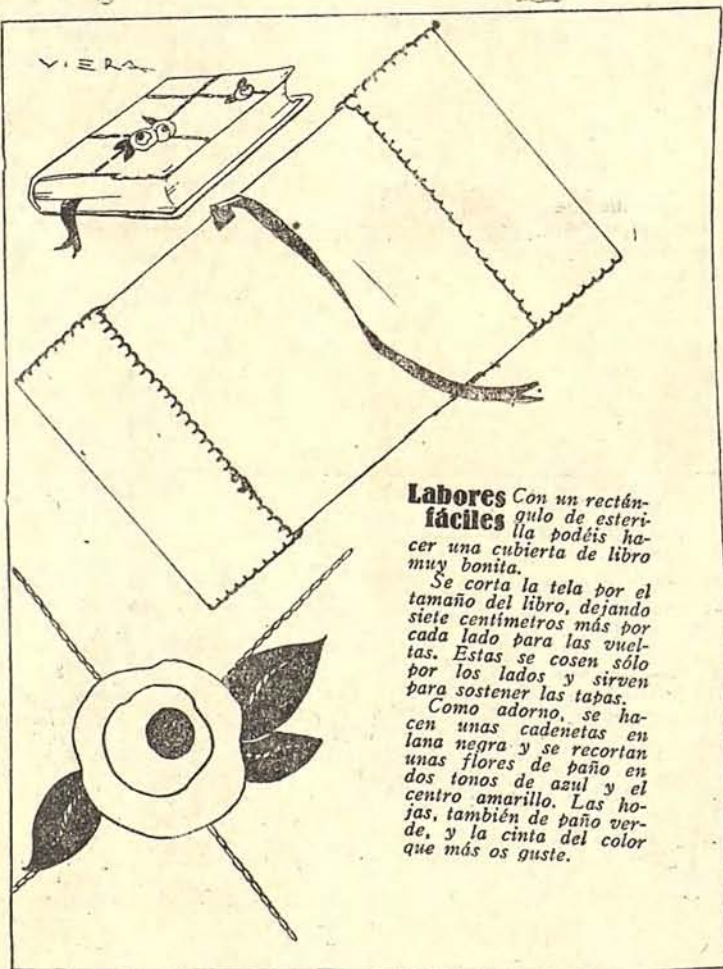
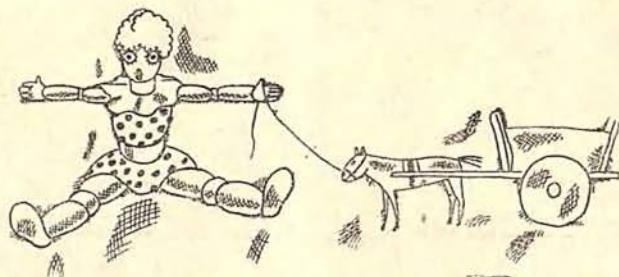
Terminado el paseo, *Bely* las acarició todo el cuerpo, haciendo ellas unas culebrillas nerviosas, porque las daba escalofrío la caricia.

Se despidieron, y *Bely* dijo a *Chin*, a la vuelta:

—Como ha salido de tu cabeza esto del paseo, te voy a regalar un carrito de la basura para que juegues.

Y se lo compró, y aunque la niña dejaba a la muñeca que jugara con ello, también le gustaba a *Bely* jugar, y lo cargaban de piedrecitas de río, con albaricoques de la tía y hasta con bombones y caramelos...

TINITA



Labores fáciles Con un rectángulo de estera podéis hacer una cubierta de libro muy bonita.

Se corta la tela por el tamaño del libro, dejando siete centímetros más por cada lado para las vueltas. Estas se cosen sólo por los lados y sirven para sostener las tapas.

Como adorno, se hacen unas cadenas en lana negra y se recortan unas flores de paño en dos tonos de azul y el centro amarillo. Las hojas, también de paño verde, y la cinta del color que más os guste.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

giendo y soplando con rabia y con terror.
"Las Colinas" estaban directamente en la línea de nues-
tra carrera, circunstancia que había observado desde el
momento de nuestra partida, haciéndome pensar que si
llegaba a aquel sitio estaba en salvo. Me encontraba ya
a una distancia de tres millas de la eminencia donde ha-
bíamos vivaqueado, aunque a mí me parecía que había
recorrido diez.
Una pequeña colina se elevaba sobre la pradera, mucho
más cerca que otras que eran más altas. Hacia ella di-
rigí a mi búfalo con mi cuchillo, y, por fin, me hallé a
más de cien yardas de su base.
Era ya tiempo de que me separara de mi extraño
compañero. Podía haberle dado muerte porque mi cu-
chillo se apoyaba en la parte más vulnerable de su cuer-
po, pero no hubiera herido a aquel búfalo aunque su-
piera que me valdria el "Koh-i-noor".
Después de haber soltado su espesa lana, me dejé es-
currir hacia su rabo, y, sin decirle siquiera "¡Buenas
noches!", eché a correr con toda mi fuerza hacia la co-
lina. Me encaramé a su cumbre, y, después de sentar la
pradera.
La luna continuaba brillando con magnificencia. Vi
a mis compañeros, que se habían detenido a muy corta
distancia de donde los había dejado y, que al parecer,
estaban sin saber lo que les pasaba. Era tan cómico el
cuadro que presentaban, que solté una carcajada estre-
pitosa.
Volví los ojos hacia el Sudoeste. Tan lejos como po-
día alcanzar mi vista, la pradera estaba negra y se mo-
vía. Las olas vivas venían rodando hacia donde yo es-
taba, pero podía contemplarlo sin cuidado. Aquella mul-
titud de puntos luminosos, que parecían luces fosfo-
ricas, no podían inspirarme ningún terror.
La manada estaba aún a media milla de distancia.
Crei descubrir algunas rápidas llamadas y oír el dis-
paro de armas de fuego hacia la izquierda, pero no es-
taba seguro de esto. Había empezado a preocuparme

CAPITULO IV

El remolino de arena.

Pocos días después me ocurrió una aventura que me hizo empezar a pensar que estaba destinado a ser un héroe entre las gentes de la pradera.

Un corto número de los mercaderes, entre los cuales me encontraba yo, se había adelantado a la caravana con el objeto de llegar a Santa Fe uno o dos días antes que los carros, para llevar a cabo las gestiones necesarias cerca del gobernador, respecto a la entrada en la capital. A este efecto, nos dirigimos por el Cimarron.

Nuestro camino, en el trayecto de unas cien millas, atravesaba un árido desierto, sin caza y casi sin agua. El búfalo había desaparecido ya y apenas había ciervos, de manera que teníamos que contentarnos con comer la carne seca que llevábamos en nuestras provisiones. Estábamos en el desierto de la "artemisa". De vez en cuando veíamos algún antílope saltando al alejarse de nosotros, pero nunca se ponían al alcance de nuestras balas. Parecían muy escamados.

Al tercer día de habernos separado de la caravana, cuando cabalgábamos cerca del Cimarrón, creí observar una cabeza alargada que desapareció tras de una ondulación de la pradera. Mis compañeros creyeron que había sido ilusión de mis sentidos y no dieron importancia al hecho, pero yo me separé de ellos y partí solo.

Uno de mis sirvientes, porque Godé se había quedado con la caravana, se encargó de mi perro; no quise que me acompañara por temor de que alarmara a los antílopes. Mi caballo estaba descansado, de manera que estaba seguro de alcanzar a la partida a la hora de acampar.

Me dirigí en línea recta hacia el punto donde había visto desaparecer el objeto, pero lo que en un principio creí que no sería más que media milla de distancia,

los demás de la manada. El agua del arroyo me rocío la cara. Un búfaló enorme, que estaba a la cabeza del resto, furioso y gruñendo, cruzó el agua y subió la pendiente orilla. En un momento me senti elevado del suelo y arrojado al aire hacia atrás, y casi sobre una masa que se movía. No me senti herido ni aun aturrido por el golpe. Fui llevado hacia adelante sobre el lomo de varios animales que corrían juntos en la densa manada. Estos, asustados con su extrana carga, se precipitaron hacia el frente. Un pensamiento repentino brilló en mi mente. Después de agarrarme al búfaló sobre el cual me apoyaba mas me monté en el dejando caer mis piernas a los dos lados, eché mano a su giba y me así de las lanas que crecían en su cuello. El animal, aterrado, precipitó su carrera y salió a la cabeza de la manada. Esto era precisamente lo que yo quería; seguimos cruzando la pradera, el búfaló escapando con todas sus tierzas creyendo, no me cabe duda, que tenía a la espalda una pantera o un gato montés. No traté de hacerle comprender lo erróneo de esta creencia, y, temeroso de que llegara a considerarme completamente inofensivo y se parara, saqué mi cuchillo y le pinché con el cada vez que mostraba indicios de acordar el paso: A cada nuevo pinchazo de aquella espuela de nuevo género, lanzaba un mugido y aumentaba la rapidez de su carrera. El peligro que yo estaba corriendo era aún muy grande. La manada venía detrás de mí presentando un frente de cerca de una milla de longitud, distancia que no podría haber salvado si se hubiera parado mi cabalgadura, dejándome en medio de la pradera. A pesar de este peligro, no pude resistir a la tentación deirme al verme en tan extraña situación, como si fuera espectador de una comedia graciosa. Atravesamos por el centro de una tribu de "perros de la pradera", lo cual puso término a mi hilaridad, porque creí que mi búfaló iba a volver la grupa y retroceder. Pero estos animales, por lo general, corren en línea recta, y el mismo no hacía excepción a la regla; prosiguió adelante.

lumbre algunas hojas de jiba de búfalo, que empezaron a chisporrotear.

Por fortuna, Saint Vraint y yo llevábamos nuestras cantimploras, y como cada una de ellas contenía una pinta de coñac puro, nuestra cena fué completa. Los viejos cazadores tenían pipas y tabaco; mi amigo y yo, cigarros. Sentados alrededor del fuego, velamos hasta muy tarde, fumando y oyendo relatos de aventuras extrañas.

Al fin nos decidimos a dormir: se acortaron los ramales, y mis camaradas, después de haberse envuelto en sus mantas, se acostaron en el suelo, apoyando sus cabezas en las sillas de montar.

Había entre nosotros un hombre llamado Hibbets, el cual, por sus hábitos sofofientos, se había granjeado el apodo de "el Dormido". Por esta razón, tuvo el encargo de la primera centinela, por ser la menos peligrosa, porque los indios atacan rara vez antes de la hora del sueño más profundo, es decir, cuando se aproxima la aurora.

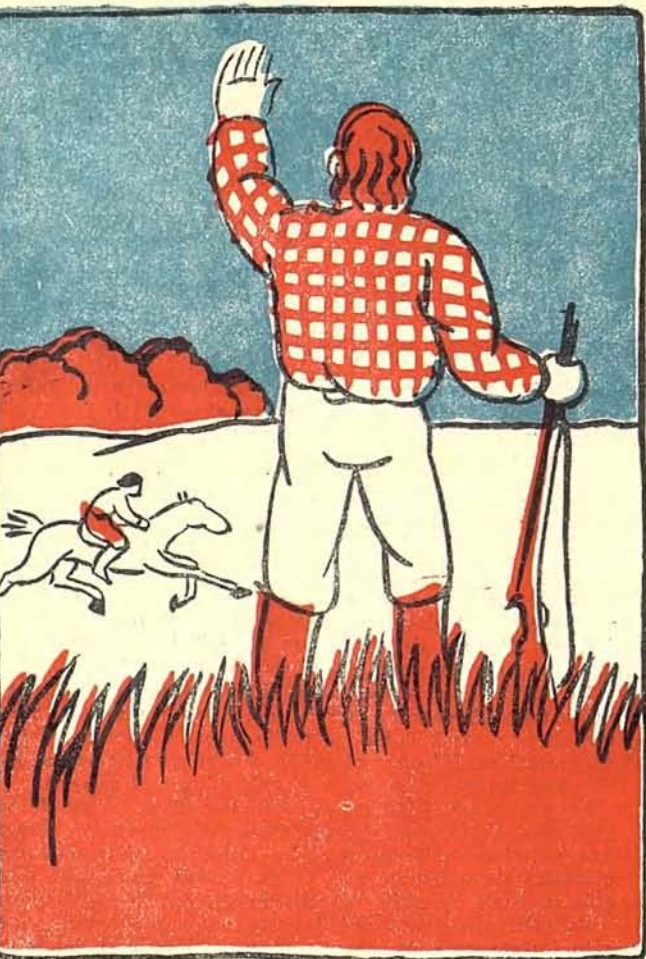
Hibbets subió a su puesto, que era sobre la eminencia, desde donde dominaba la pradera que le circundaba.

Antes de que anoheciera por completo, había observado yo un sitio encantador, a la orilla del arroyo, situado a unas doscientas yardas de distancia de donde se habían echado mis compañeros. Se me ocurrió el capricho de ir a dormir en él, y, después de prevenir a Hibbets que me despertara en caso de alarma, cogí mi rifle y mi manta y me separé de mis camaradas.

El terreno, que se inclinaba suavemente hacia el arroyo, estaba alfombrado por la hierba espesa y seca, formando una cama como no podía haberla deseado mejor un mortal rendido por el sueño. En aquel sitio me acosté, envuelto en mi manta y sin abandonar el cigarro.

La noche era encantadora. Era tan clara la luz de la luna que distinguía fácilmente los colores de las flores que esmaltaban la pradera, las euforbias plateadas, los girasoles de color de oro y las malvas escarlatas, que crecían hasta la orilla del arroyo que corría a mis pies.

Reinaba una tranquilidad grata en la atmósfera, que sólo interrumpía de vez en cuando el aullido del lobo



de la pradera; el roncuido distante de mis compañeros, o el rugido de la hierba al cortarla las cabaigaduras con sus dientes.

Permaneci despierto algún tiempo, hasta que el fuego de mi cigarro se acercó a mis labios, que me volví de un lado y me trasporte en seguida al país de los sueños.

Hacia muy pocos minutos que dormía, cuando noté un ruido extraño, semejante al lejano trueno o al ruido de una cascada. Parecía que la tierra temblaba debajo de mi.

—Vamos a tener una tempestad—pensé medio soñando y medio sensible a las impresiones exteriores; y, cubriéndome mejor con la manta, proseguí durmiendo.

Un estrépito parecido en un todo al trueno, o al galopar de un sinnúmero de animales, me despertó. La tierra retumbó al mismo tiempo que temblaba. Oí las voces de Saint Vrain y de Godé, el último que gritaba: —¡Voto al infierno! Cuidado con los búfalos, señores! Observé que habían reunido los caballos y que los conducían al abrigo de la eminencia.

Me puse de pie, arrojando a un lado la manta, y se presentó ante mi vista un espectáculo aterrador.

Hacia el Oeste, tan lejos como podía alcanzar la mirada, parecía que la pradera estaba en movimiento. Olas negras rodaban sobre sus odulantes perfiles, semejantes a la lava arrojada por un volcán en erupción. Un millón de puntos brillantes se agitaban en la superficie como chispas de fuego. La tierra se estremecía, los hombres gritaban, reñuchaban los caballos asustados, y mi perro ladraba y aullaba, describiendo círculos a mi alrededor.

Hubo un instante en que creí que soñaba, pero la escena era demasiado real para que siguiera interpretándola como una visión.

Vi el borde de aquel negro oleaje a diez pasos de distancia de mí y que continuaba aproximándose. Entonces reconocí las lanudas crines y los ojos encendidos de los búfalos.

—¡Dios mío!, estoy en la dirección que siguen. ¡Voy a ser pisoteado hasta morir!

Era demasiado tarde para intentar una huida. Eché

sobre la suerte de mis camaradas, pero estas señales de su existencia me revelaban que estaban en salvo.

Los búfalos se aproximaron a la colina sobre la cual me encontraba, y al notar el obstáculo que se oponía a su carrera, se bifurcaron, dirigiéndose a derecha e izquierda de la eminencia.

Lo que más me asombró en aquel momento era que mi búfalo, el que me había servido de cabaigadura, en vez de esperar a los demás para reunirse a ellos, hizo de repente un movimiento rápido con la cabeza y se alejó a escape, como si se viera perseguido por una manada de lobos.

Corrí hacia un lado, y, cuando llegó fuera de la línea del flanco de los que venían, se reunió a sus compañeros y prosiguió su carrera con ellos.

Hasta táctica extraña de mi búfalo me dejó perplejo entonces, pero supe después que su proceder no era un simple capricho. Si hubiera permanecido en el punto donde le había dejado, el primero de los animales de su especie se hubiera acercado a él, le hubieran tomado por un individuo de otra tribu y es indudable que le hubieran matado.

Permaneci sentado dos horas sobre la roca, contemplando el aspecto de un terreno recientemente cavado y sentada el aspecto de un terreno recientemente cavado y movido. Lo que antes había sido un verde prado preempréndi mi marcha sobre aquel terreno negro y repasaba el último búfalo. Bajé entonces de la colina, el torrente siguió corriendo hasta que, por fin, vi que me de pie para desterrar tan extraña ilusión.

El vértigo se iba apoderando de mí y tuve que poner la colina flotaba y que los búfalos estaban tranquilos. gro y brillante. Llegué a figurarme que me movía, que parecía hallarse en una isla rodeada por un mar negro y en silencio el torrente que corría a mis pies. Me

Permaneci sentado dos horas sobre la roca, contemplando el aspecto de un terreno recientemente cavado y sentada el aspecto de un terreno recientemente cavado y movido. Lo que antes había sido un verde prado preempréndi mi marcha sobre aquel terreno negro y repasaba el último búfalo. Bajé entonces de la colina, el torrente siguió corriendo hasta que, por fin, vi que me de pie para desterrar tan extraña ilusión.

El vértigo se iba apoderando de mí y tuve que poner la colina flotaba y que los búfalos estaban tranquilos. gro y brillante. Llegué a figurarme que me movía, que parecía hallarse en una isla rodeada por un mar negro y en silencio el torrente que corría a mis pies. Me

Dí una voz, a la cual contestó otra, y uno de los jinetes se dirigió hacia donde yo estaba: era Saint Vrain.

—¿Qué es esto? ¡Dios me asista, es Haller—exclamó, parando su caballo e inclinándose para verme mejor—, ¿sois vos o vuestro espíritu? Por vida mía, es él en persona.

—En cuerpo y alma, le dije.

—Pero ¿de dónde venís? ¿De las nubes? ¿Del cielo?

Estas preguntas fueron repetidas por todos los demás al mismo tiempo que me estrechaban la mano, como si hubiera transcurrido mucho tiempo desde que no me habían visto.

Godé parecía estar más perplejo que los demás.

—¡Dios mío! ¡Un hombre atropellado por un millón de búfalos que se ve sano y salvo! Es imposible.

—¡Buscábamos vuestro cadáver, o más bien los fragmentos!—dijo Saint Vrain—. Hemos examinado la pradera en una milla a la redonda, pero inútilmente, y casi sacábamos la consecuencia de que esos fieros animales os habían comido.

—¡Comer a este señor! ¡No! ¡Tres millones de búfalos no son capaces de hacerlo! ¡Ah, condenado dormido!

El canadiense había dirigido esta exclamación a Hibbets, porque no había advertido a mis camaradas el sitio a donde yo me había retirado, dejándome en una situación tan peligrosa.

—Os vimos arrojado al aire—continuó Saint Vrain—y caer sobre los animales; entonces, naturalmente, os consideramos perdido. ¿Cómo es que os encontráis aquí? Explicaos.

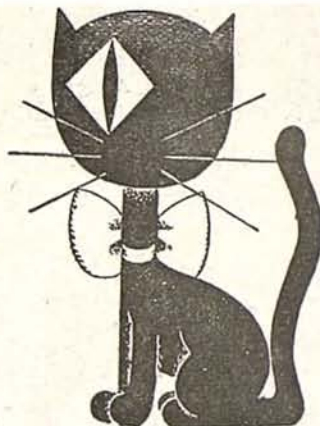
Conté mi aventura a mis compañeros, que se quedaron admirados.

—¡Cielos!—exclamó Godé—, ¡qué aventura tan maravillosa!

Desde aquel momento fui considerado como “capitán” en las praderas.

Mis camaradas habían dado muerte a una docena de búfalos y habían encontrado mi rifle y mi manta, esto casi sepultado bajo la tierra.

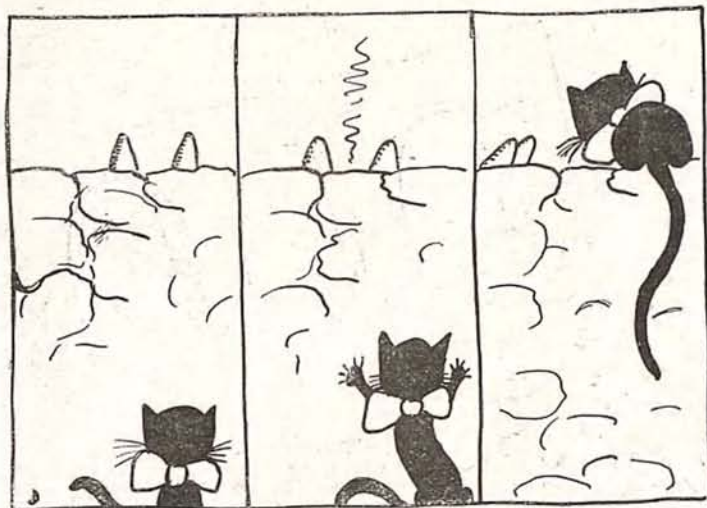
página del gato adivino



(Léanse las bases del Concurso mensual de pasatiempos en los números 1 y 2.)

EL CUENTO INCOMPLETO

Pasatiempo número 9.



DETRAS DE LA TAPIA

I. Pues, señor, ¿qué serán esos dos picos que se mueven de cuando en cuando?—II. ¡Atiza! Ahora resulta que sale humo de entre los dos. ¿Qué será?—III. Yo me subo, porque se van y quiero enterarme... ¡Ah! Ya sé. Ahora me lo explico todo. Es que hay baile de trajes en casa de "Trespelos".

¿Habrá algún niño capaz de saber de qué se trata?

EL PARECIDO DE MI AMIGO

Pasatiempo número 10

Hoy me ha enviado un amigo mío este retrato. Yo lo he sacado inmediatamente parecido con un animal. Veamos ahora cuántos lectoritos coinciden conmigo. ¿A qué bicho se parece?



LOS VERSOS ROIDOS

Pasatiempo número 11.

Estoy muy disgustado con el Ratón Bombón. Todos los domingos roe para desayuno unos papeles y se come un par de palabras.

Son unos versos del siglo XIX que yo quisiera conservar. ¿Hay algún lector que pueda decirme cuáles son las dos palabras que me faltan ahí?:

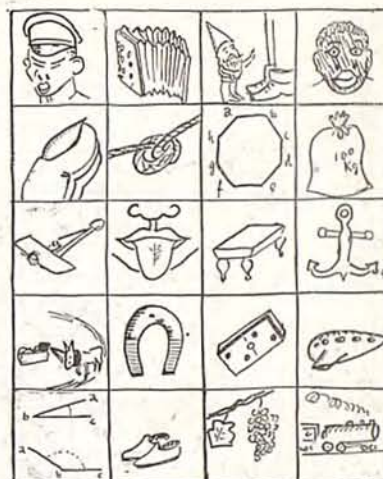
"Y atento el concurso oía
Todo, con unción cristiana,
Menos una (1) anciana
Setentona (2) dormía."

EL JUEGO DE INICIALES

Pasatiempo número 12.

Con las iniciales de las cosas que se encierran en la primera línea vertical de cuadros se forma un nombre de cinco letras. Y con las iniciales de las cosas que encierran las líneas horizontales de cuadros se forman cinco palabras de cuatro letras cada una.

Sólo quiero que me remitáis dichas palabras, que en total son seis. Pero no quiero, de ningún modo, el envío de los significados de los dibujos.



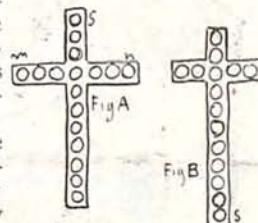
LAS DOS PERLAS ROBADAS (Pasatiempo de regalo.)

Una vez un rey dió a un joyero 17 perlas y le dijo: "Quiero una cruz tal, que contando las perlas desde abajo hacia arriba o desde abajo hasta los lados, las dos veces se cuenten once." Entonces el joyero pensó el proyecto de la figura A.

Pero en el trabajo tuvo la tentación de quedarse con dos perlas. ¿Cómo resolverlo de manera que al contar hacia arriba y hacia los lados resultaran todavía once, y así no notara la falta el rey?

(Probad vosotros a resolverlo.)

El joyero tuvo su idea. Quitó las perlas m y n y bajó la perla s, como se indica en la figura B. Contad ahora.



CONCURSO DE POSTIN

La frase de Don Quijote.

Averiguar en cuál de los tres capítulos VII, VIII y IX, de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

"Por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con una condición y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso..."

Búsquense las bases y el cupón en otras páginas de este número.

Premio único: una bicicleta, una muñeca de trapo, un bolsito y 1.000 pesetas.

LIBROS PARA LOS NIÑOS

LOS MEJORES, LOS MAS BELLOS, LOS MAS FAMOSOS Y LOS MAS NUEVOS

COMPANIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S.A.)

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. Librería Renacimiento, Preciados, 46 y plaza del Callao, 1, Madrid.—Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1, Barcelona.—Feria del Libro, Exposición Iberoamericana, Sevilla.

53742-13816-15338. Llame a uno de estos teléfonos. Recibirá el libro que desee sin recargo alguno.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

RESPUESTAS DE LOS NIÑOS



Hemos hecho las preguntas de la semana a "Tere" Camba Alfaro, que estaba tirando al blanco con sus hermanos.

—Me gustaría saber, amiga Teresita, la carrera que prefieres.

—Ingeniero; Ingeniero de Montes, o de Caminos y de puentes y esas cosas. Coger un caballo y salir al campo con una pistola por si hubiera mala gente...

—¿Y oficio?

—Oficio es una cosa en que no haya que estudiar libros, ¿verdad?... Entonces..., campeona de "tennis". Eso me gustaría. Y si no

vale eso, pues guarda de monte, de monte nevado. ¡Me gusta tanto el deporte!... Patinar, cazar lobos...

—¿Cuáles son los libros que te gustan?

—Los que hablan de las curiosidades de animales y plantas. Cómo nacen las flores y todo eso.

—¿Qué animal tiene tus preferencias?

—El más bonito: el caballo.

—Y ¿qué día has pasado más miedo?

—¿Más miedo?... Verá usted: mi abuela me regaló este reloj de pulsera. Fué mi primera joya. Y una tarde, jugando al "tennis",

lo perdí. Al sentarme a cenar lo noté, y debí quedarme pálida. Ni cené, ni dormí nada, nada, nada. ¡Qué noche más angustiosa! Por la mañana dije que me iba a misa, y me fui al jardín donde habíamos jugado... ¡Y lo encontré! ¡Qué alegría, Dios mío! Pero, ¡qué susto tan espantoso!...

—¿En qué te gastarías las mil pesetas de la frase de Don Quijote?

—En viajar. Quisiera viajar mucho, conocer el mundo de todos los mapas.

EL MAGO BOTIJO

Dibujos de Alonso.